



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EL PARTIDO ANTICATOLICO Y ANTICONSERVADOR

Los que niegan o desdeñan la fé, piensan haber adelantado mucho con haberse fijado en algunas negaciones ó dudas religiosas y políticas: y cuando relatan los progresos de nuestro siglo, no hacen mas que enumerar una serie de absurdos que son las contradictorias de otras tantas verdades católicas: y esa série de contraprincipios, en último análisis, no es mas que una série de errores viejos, desvanecidos con la lógica y reprobados con la autoridad de la revelación divina.

“Entre los errores contemporáneos, dice Donoso Cortés, no hay ninguno que no se resuelva en una heregía, y entre las heregías contemporáneas no hay ninguna que no se resuelva en otra, condenada de antiguo por la Iglesia. En los errores pasados, la Iglesia ha condenado los errores presentes y los errores futuros. Idénticos entre sí, cuando se les considera bajo el punto de vista de su naturaleza y de su origen, los errores ofrecen sin embargo, el espectáculo de una variedad portentosa, cuando se le considera bajo el punto de vista de sus aplicaciones.” * Así el partido conservador luchando hoy con los errores contemporáneos, lucha contra las heregías pasadas, y habiendo luchado contra las heregías luchó de antemano con los errores de hoy obteniendo sobre ellos la victoria, la diferencia está en que ántes se presentaron de uno en uno, ó aliados en corto número, ya en un país, ya en otro; y ahora se le presentan todos aquellos errores ó heregías vencidos, reunidos en una gran confederación, ajustada bajo las bases de hacer guerra

* Carta al Card. Fornari.

sin tregua á la Iglesia Católica, para obrar una variación radical en la sociedad.

Las diversas sectas en que se ha dividido y subdividido el protestantismo; el escepticismo proveniente de esa subdivisión, el deísmo, el racionalismo, el socialismo, el comunismo, el materialismo y el ateísmo, el jansenismo y el regalismo; todos entran en esa gran coalición, que técnicamente se llama el liberalismo ó sea teoría de la falsa libertad; porque el liberalismo no es la libertad, como el filosofismo no es la filosofía.

La Iglesia y todos los partidos de verdad, de orden y de buena fe, en los principios fundamentales del orden social, varían en las aplicaciones ó en los accidentes; son los adversarios contra quienes combate esa confederación de sectas y partidos heterodoxos. El catolicismo y el liberalismo, ó sea la demagogia: ved aquí los beligerantes del siglo XIX. Aquel, venido del cielo, criado y sostenido por Dios, tan antiguo como el mundo, acostumbrado á batallar de siglo en siglo con todo linage de adversarios, en la mitad de los tiempos levantó por bandera la Cruz y tiene por armas principales la fe y la gracia, la verdad y la justicia. No necesita de las armas: pero cuando las potestades civiles que siguen su bandera deben empuñarlas por un deber, no lo excusa ni lo reprueba: sus títulos no se apoyan en la fuerza; pero no reprueba que la fuerza sirva de apoyo á la verdad, cuando otra fuerza se emplea en sostener el error y la iniquidad.

El catolicismo no teme las derrotas, porque sabe que nunca será vencido ni por todas las potencias terrenales: su temor es que no alcancen el beneficio de su victoria todos y cada uno de sus adversarios. Combate para destruir la mentira y la injusticia, y para salvar las personas de sus enemigos. Su triunfo está en que las gentes reconozcan la verdad y vivan con perfecta rectitud: su derrota es que los hombres se hundan en las tinieblas del error; se sujeten al embrutecimiento de la vida sensual, vivan con la existencia brutal y tormentosa de la mala conciencia. El catolicismo es lo que representa esta hermosa pintura trazada por el delicado pincel de un misionero norte-americano.

“Dios Padre es el Autor y Fundador de la Iglesia católica, Dios Hijo el Redentor, Dios Espíritu Santo el Santificador. La Virgen Santísima su primogénita, los ángeles sus

protectores, los santos sus intercesores, los patriarcas el tronco, los profetas sus oráculos, los apóstoles su fundamento. El Papa es su cabeza, los cardenales su consejo, los obispos sus pastores, los sacerdotes su voz, los diáconos sus ecónomos, los subdiáconos sus ministros inferiores, los mártires sus testigos, los doctores su luz, los confesores su apoyo, las órdenes religiosas su auxilio, las vírgenes su ornamento, los fieles sus hijos. El bautismo es su cuna, la confirmación su fuerza, el Santísimo Sacramento del Altar su alimento, la penitencia y extremaunción son sus remedios. El orden sagrado es su jurisdicción, el matrimonio su fecunda generación. Los diez Mandamientos de Dios son sus muros; sus propios preceptos, sus fortalezas y los consejos evangélicos sus puntos avanzados. El cuerpo de Jesucristo es su tesoro; su carácter es estar excenta de error su garantía es el Evangelio. La unidad su centro, la santidad su esplendor, la universalidad su sello; las Santas Escrituras son su prueba, la tradición su solidez. Su autoridad son los Concilios; la verdad es su regla, la humanidad su espíritu; su resorte es el celo, la oración su escudo de defensa y la paciencia su victoria. La fe es la puerta, la esperanza, el progreso, y la caridad su consumación. Su riqueza es la gracia de nuestro Salvador; la castidad sus primeras y mas deliciosas flores. La justicia es su hermosura, sus ojos son la prudencia, sus brazos la fortaleza y su cuerpo la templanza. El justo su alegría, el pecado es objeto de su horror, y los pecadores de su compasión. Los herejes son su dolor, los judíos sus testigos vivos en la tierra, y la conversión de todos el constante objeto de sus miradas y de sus oraciones á Dios. La perseverancia de sus miembros es su deseo, su timbre la gloria de Dios, la Santísima Trinidad es el objeto de su adoración, la muerte sangrienta del Hombre Dios su sacrificio, y los ritos y ceremonias son su adorno. La tierra es su destierro, la cruz su herencia, y el cielo su término. Los escándalos su tormento, la penitencia su consuelo, las indulgencias su liberalidad: Jesucristo es su esposo, la real presencia del esposo su gloria, el fin del mundo será el día de su coronación."

Esta insinuado que el liberalismo ó la demagogia es el conjunto de todas las herejías antiguas y modernas, coligadas para dar á la fe católica una batalla campal de poder á poder, en la cual quede ó plenamente triunfante ó enteramente derrotado: la batalla está pendiente, y basta mi-

larla para conocer su naturaleza. Repasad los escritos de la época; oíd los discursos de los liberalistas, acercaos á sus corrillos y escuchad sus íntimas confidencias políticas; penetrad si podeis al recinto de la vida privada, donde el hombre se deja ver tal como es en sus ideas, sentimientos y acciones, sin el fingimiento á que lo precisan los intereses ó respetos humanos.

¿Qué hallais en esta série de observaciones? Notais que todos están de acuerdo en establecer lo que impropriamente llaman libertad; en dar á la razón una superioridad que no le corresponde; en cierto desdén ó apartamiento de la fe cristiana, en una monomanía de reforma; en cierto prurito de innovar, en alguna preferencia de los bienes materiales á los morales; en alguna esquividad para con Dios y su santa ley; en un desacato y aun menosprecio del sacerdocio, del Papa y de toda la Iglesia.

Es verdad que también hallais en ellos algunas diferencias. Tal cual materialista, o ateo, pero la generalidad condena al ateísmo, y dirá con Rousseau que, “es necesario encerrar como loco al que dude de la existencia de Dios”. Otros en más número son deístas, y niegan la revelación cristiana; pero no pocos dirán con Bayle que, “el mejor uso que podemos hacer de la filosofía, es conocer que es una vía extraviada, y que debemos buscar otro guía que es la luz revelada”. No serán raros los escépticos; pero no serán ménos los que dirán con el escéptico Hume, “que ningún bien resulta de la duda, y que es ridículo querer destruir la razón con el razonamiento; que la naturaleza, más fuerte que el orgullo filosófico, conservará siempre sus derechos contra todas las especulaciones ordinarias”.

Probablemente serán más los indiferentes, que por ignorancia, ó depravación ó pereza de espíritu, ven con indiferencia la religión, no estiman la inmensa superioridad del catolicismo sobre los disidentes, y aspiran á la tolerancia de cultos como un beneficio público; pero hallaránse liberales, aunque pocos, que les dirán con Voltaire, que “el asunto de la religión merece un examen sério, que si podemos pasarnos sin conocer la vida de los astros, es una insensatez bestial no pensar en lo que hay mas allá del sepulcro, y no prepararnos para lo que sigue á esta vida transitoria”. Mas extensa es la coalición liberalista, la falange de los impíos, es decir, de aquellos que desprecian ó afectan despreciar la religión, en sus misterios ó sacra-

mentos, mofando las ceremonias, y deturpando y aborreciendo á sus ministros; pero todavía se hallarán, y serán pocos, que digan con el patriarca de ellos, Mr. de Voltaire, que “son gente frívola y ridícula, pernicioso á la sociedad, filósofos que se creen los únicos entendidos; algunos necios dirigidos por aquellos; espíritus superficiales que con una sátira insultante y mal acomodada, menosprecian las cosas mas sagradas”.

Habrà quizás verdaderos liberales que digan á los incrédulos ó impíos de su partido, que son la mayor parte, que Montaigne también incrédulo, los califica de “hombres muy miserables, muy cabezudos que se empeñan en ser peores de lo que son”; les dirán con D'Alembert, que la incredulidad es la credulidad mayor; que “el deseo de no tener freno en las pasiones, y la vanidad de pensar como los demás, ha hecho más incrédulos que los sofismas”; y preguntarán con el ateo Dumarssais, convertido despues á la fe católica: “¿unos mortales arrebatados por los tormentos de sus pasiones, de sus hábitos criminales, con la disipación, con los placeres, están en estado de buscar la verdad, de meditar, de descubrir los sistemas, de abrir los fundamentos de la vida social? ¿Se complacerá mucho la filosofía (así se llamaba la impiedad en el siglo pasado) con los homenajes interesados, ó con los aplausos estúpidos de una turba de prostituidos, de ladrones públicos, de glotones y voluptuosos, que porque olvidan á su Dios y desprecian su culto, concluyen que nada se deben á si mismos, ni á la sociedad, y se creen ilustrados porque muchas veces temblando y con remordimientos, pisotean lo que la decencia y las costumbres les han obligado á respetar?”

No negamos que sean raros los materialistas en el liberalismo, porque á la verdad es tan insensato el materialismo, que es necesario ser una bestia para creerse bestia, y no dotado con una alma espiritual; y los pocos que han pensado con Holbaah y Helvetius que el hombre es todo materia, según la ocurrencia picante de J.J. Rousseau, “queriendo probar que la materia puede pensar, han probado que ellos no piensan”.

Cuando los gobiernos católicos, que habían dado claro testimonio de su fe y de su obediencia á la Santa Sede, obtuvieron del Papa señaladas muestras de afecto y de confianza, se hicieron convenios ó concordatos entre ámbas potestades. Sin duda que no se transmitieron ni pudieron

transmitirse al poder civil los derechos de la potestad de orden, pero si los de jurisdicción eclesiástica ó mixta. La adulación, siempre dispuesta á ensanchar el poder de los adulados, ó la ignorancia de las verdaderas lindes entre ambos poderes, la Iglesia y el Estado; hicieron que algunos escribieran sobre el derecho mixto; y de grado en grado fueron haciendo de competencia civil lo que era de jurisdicción eclesiástica. Inventaron ciertas frases de vago sentido, como disciplina externa, derecho de protección, episcopado exterior, etc., y a fuer de ser una cosa visible ó material y estar relacionada con el orden público, ciertos legistas atribuyeron á los gobiernos civiles como regalía, lo que no era. De este modo se fué introduciendo en las escuelas una confusion de preceptos y doctrinas que dió nacimiento á un error que hoy se llama regalismo. Hecha nuestra independendia, rotos con España todos los vínculos políticos, suprimido en la república cuanto se decía del rey, nuestros reformadores progresistas, pretendían para sus gobiernos demócratas en 1833, y algunos tal vez no lo rehusarían hoy, el patronato. A la vez que aspiran á secularizar la sociedad, quitándole su carácter religioso y estableciendo una sociedad atea, querían gozar en los templos de los honores de los patronos, de las preeminencias personas de los reyes: ¡cosa peregrina! ¡La demagogia es original en sus extravagancias!

No es posible que los hombres pensadores se disimulen que el socialismo y el comunismo se han introducido entre los amigos de la libertad. Léanse los discursos de algunos oradores, los artículos de algunos periódicos; nótese esas frases de la explotacion del hombre por el hombre; del derecho al trabajo, de la comunidad de bienes, de la prepotencia de la sociedad; considérese el lenguaje de Fourier, Girardin, Blanc, Proudhon. etc.

Confesaremos, sin embargo que las ideas sociales y comunistas no están todavía dominantes ni aun generalizadas en el partido liberal mexicano, bien que lo estarán dentro de pocos años, porque se extiende sin limitacion y á impulsos de la omnímoda libertad de pensar.

Mas no se podrá negar que hay entre los partidarios de la falsa libertad algunos socialistas y comunistas. Esto basta para probar que bajo la bandera del liberalismo se alistan todos los errores religiosos, políticos y sociales; y que el partido católico y conservador que los impugna,

defiende con eso la sociedad, amparándola contra sus enemigos, que so pretexto de reformarla, en realidad la desquician y pervierten.

No conocemos ninguno que habiendo sido bueno, se hiciese demagogo para ser mejor; ó que pasase de la devoción y de la fe católica, al racionalismo y a la incredulidad, al deísmo ó á la demagogia, sin perder mucho en su carácter moral.

El liberalismo ha cambiado de lenguaje, pero no de ideas ni de própositos: ahora, como en el siglo XVIII, se dirige a destruir el catolicismo. ¡Empresa loca y culpable como la de los asirios que emprendieron la torre de Babel!

Los demagogos de hoy como los babilonios de entónces, han sido castigados con la confusion de las lenguas: la demagogia ya no se entiende: está edificando una sociedad á su modo, donde se corrijan los defectos que piensa hallar en la que constituyó Dios: la quiere hacer civil y no religiosa, donde se admitan todos los goces intelectuales y materiales, donde se peque sin remordimiento, donde se sujete Dios á los caprichos del hombre, ya que el hombre no se quiere someter, como es racional, á los preceptos de Dios. Quiere que se acomoden las creencias y la moral conocidas á la conducta, y no la conducta á la moral y á las creencias.

Hemos recorrido las principales sectas ó heregías que forman la coalicion del liberalismo. Todas son opuestas en mas ó ménos grado á la fe católica, mas á menos insubordinadas á la autoridad eclesiástica, mas ó ménos desdeñosas de la fe, mas ó menos presumidas de su razon.

De modo, que sin desatino se puede afirmar que la demagogia ó el liberalismo en su esencia, esto es, en lo que hay de comun entre todas sus parcialidades ó banderas, es herético por opuesto a la fe, cismático por rebelde á la autoridad, racionalista por seguir ciegamente el dictámen de la razon individual con desprecio de la divina revelacion.

El, no es favorable á la libertad civil y política de los pueblos; sino por el contrario, favorable con sus teorías á la tiranía del poder, á la rebelión de los gobernados y al retroceso de la sociedad.

Miguel Martínez.